

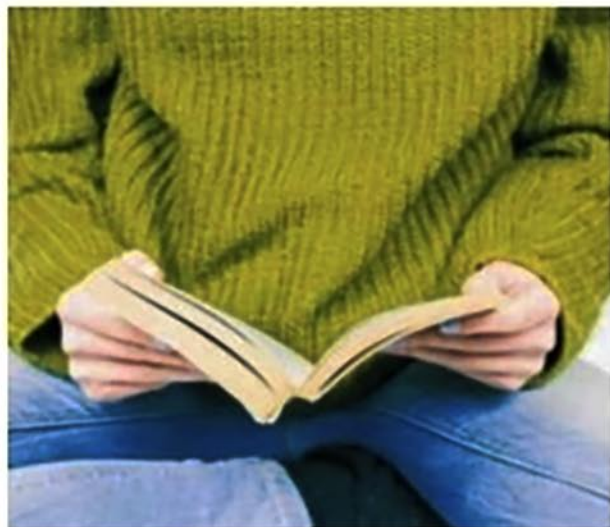
# Leer

Leer empieza con un gesto nimio. La lectura no es una afición; es la forma más discreta que tenemos de ensayar una vida alternativa sin mudarnos del todo

JOSÉ ANTONIO CORDÓN

Leer empieza casi siempre con un gesto nimio. No es el ruido de las hojas ni el resplandor de la pantalla; es la disposición íntima que hace sintonía a una voz que todavía no conocemos. Abrimos un libro como quien abre una ventana en una casa que no nos pertenece: la primera corrientada de aire nos desordena, y esa pequeña confusión ya es una promesa. A veces, por eso, no leemos: porque no queremos que algo nos mueva de sitio. Otras, leemos para volver exactamente al mismo lugar, como si la página fuese la única baldosa firme de un pasillo en obras. La lectura no es una afición; es la forma más discreta que tenemos de ensayar una vida alternativa sin mudarnos del todo.

Cada cual guarda su rito. Hay quien cocea el lomo con la yema del dedo antes de comenzar; hay quien jamás subraya, como si tocar el texto fuese una intromisión. Otros, al contrario, convierten la página en un mapa de guerra: flechas, signos, exclamaciones al margen. Hay quien lee por la mañana, cuando el mundo todavía no ha terminado de ser; hay quien, lo hace al final, cuando ya no queda nada que perder. La lectura tiene relojes —los nuestros— y los tulera todos. A veces sucede como en el sueño: llega si lo desatendemos. Entonces leemos mientras



Una lectora. IDEAL

el autobús tiembla, mientras se enfría el café, mientras los demás hablan de otras cosas. No hay una hora para leer; hay un hueco que el día ofrece si uno aprende a detectarlo.

De niños creemos que leer es descifrar. Lo fue, alguna vez: su primera magia consistió en traducir, con paciencia de hormiga, la selva de signos en una senda practicable. Luego ya no bastó. Leer se volvió regresar. Regresar a un ritmo, a una cadencia que algún libro anterior nos dejó en el oído. Por eso decimos «leo» como quien confiesa una costumbre corporal, del mismo modo que alguien diría «corro» o «camino». El cuerpo que lee aprende posturas, economías de atención, hasta el

«Leer es aprender a ajustar el mundo a nuestra respiración y ajustar nuestra respiración al mundo»

modo de respirar para no deshilachar la frase. Un lector se reconoce por la manera en que sostiene el silencio en las manos. No leemos igual a todas horas, ni con los mismos fines. Leemos para saber, para acompañarnos, para olvidarnos, para demorarnos, para cumplir un deber, para subvertirlo, para recordar una voz como quien advierte, de pronto, que alguien en otra habitación ha dicho

nuestro nombre. A veces leemos como quien busca una aguja de luz en un pajar de lugares comunes; otras, como quien se deja arrastrar por un río que ya conoce. Hay días en que la lectura es mar —una extensión que intimida— y otros en que es vaso —un sorbo que basta—. Y, sin embargo, todos esos gestos desiguales pertenecen a una misma liturgia. El lector aprende a conmutar entre modos, como un músico que pasa de una tonalidad a otra sin descansar.

Se diría que cada libro nos pide un modo. Los hay que exigen lentitud; plantean una frase como quien tiende una cuerda entre dos orillas y nos obligan a cruzarla paso a paso. Hay, en cambio, libros que reclaman velocidad: no puede uno demorarse en cada baldosa si la gracia es atravesar el patio antes de que el farol se apague. Aprender a leer consiste, en gran parte, en escuchar esa exigencia del texto y no imponerle la nuestra. De ahí que el lector lento no sea necesariamente virtuoso; también puede serlo el que corre cuando el libro lo pide. La fidelidad que los buenos lectores profesan no es a un ritmo, sino a una precisión: el arte de dar a cada escritura el tiempo que necesita para convertirse en experiencia.

Hay libros que nos exigen disciplina, como cumbres que miran con frialdad. Para llegar a ellos hay que entrenar: acostumbrarse a la altura, preparar el pulmón. Lo que se gana en el camino no es solo la cima, sino el oficio de subir. La lectura difi-

cil no es una penitencia; es un aprendizaje del vigor. Nos devuelve una forma olvidada de la atención: esa que no se descompone ante la primera fatiga. Y, al contrario, hay libros que son llanuras: se atraviesan con gozo, nos permiten mirar los árboles, conversar con quien camina al lado. Son necesarios ambos paisajes. Una biblioteca que solo conoce montañas enferma de soberbia; una que solo ofrece pascos enferma de indolencia. El equilibrio no es aritmético: cada cual encuentra el suyo cuando encuentra el tono de su propia voz.

Uno se vuelve lector no el día en que aprende a descifrar, sino aquel en que descubre que también puede no leer. La libertad instala el deseo. Hay semanas sin una sola página; hay temporadas de fiebre en que todo lo demás estorba. La constancia, si merece ese nombre, no consiste en vencer cada día; consiste en saber volver sin reproche. Por eso los estantes guardan, además de libros leídos, promesas: títulos que esperan, como los que nos miran desde una esquina del salón. No es una culpa: es la forma concreta que adopta la esperanza.

Leer es aprender a ajustar el mundo a nuestra respiración y ajustar nuestra respiración al mundo. El lector, ese animal diurno o nocturno que somos, sabe reconocer la hora en que el mundo baja la voz. Entonces empieza de veras. La primera frase se posa en la mesa como una jarra de agua. El día —con sus prisas, con sus cucucas— queda al otro lado. No es una fuga, es un ensayo general. El libro no nos exige de la vida; nos entrena para ella. Al cerrar, uno vuelve a su tarea con un destello nuevo en la cabeza, con una prudencia que antes no tenía, con una alegría sin alardes. Nadie lo nota, salvo los que nos quieren y nos han visto llegar. Y eso basta para que, mañana, volvamos a abrir la ventana.